

NOTAS

PIEDRAS BEZARES

ESTUDIOS HISTORICOS COLONIALES

PRELIMINAR

Casi todas nuestras historias hablan de las piedras bezares y con tanto interés que proporcionan el material suficiente para englobar una disertación que sirva siquiera de curiosidad histórica.

Trátase de la piedra bezar natural y no del cuerpo químico del mismo nombre.

Los bezares son un capítulo muy interesante de la *zoofarmacia* del pasado.

Como preliminar de esta monografía reproduciré tres menciones de escritores contemporáneos que resumen la historia del famoso bezoar, visto de lejos.

De la Revista de la Sociedad "Folklore Chileno" del año 1911 entresaco el párrafo que sigue:

"Los *Polvos de coral* y los *Ojos de Cangrejo* que los huasos compran todavía hoy día salen del mismo frasco que la piedra bezar. Son casi tan caros y producen efectos casi tan enérgicos como como los de aquella.

Lo que la medicina popular de muchos pueblos se llama *Ojos de Cangrejo* no son verdaderos ojos del animal, sino unas concreciones de cal parecidas en su esencia al bezoar.

Se conoce todavía en Chile la *Uña de la gran Bestia* que son raspaduras de unicornio.”

Acerca de la piedra bezoar Arturo Fontecilla tiene la siguiente anotación en sus estudios coloniales:

“En aquellos tiempos las boticas no contenían ni la quinta parte de los remedios y drogas que se necesitaban para curar las enfermedades; en cambio poseían una serie de específicos que no tenían ningún principio curativo, sino que eran los que la recetaban las *méicas* y la superstición e ignorancia de las gentes.

Así por ejemplo, uno de los remedios más aplicados fué la *pie-dra de bezoar*, que era una especie de empacho vegetal o cálculo vegetal, formada en los estómagos de los guanacos.

Todas las familias guardaban en tinajas una piedra de bezoar *por si se hallan*, dice el P. Ovalle, *con algún achaque de apretura y ansias de corazón, con alguna pasión o melancolía.*” (Rev. Cat. de Chile; t. 11, p. 440, año 1910).

En León Tournier, en su estudio “Las Drogas antiguas en la medicina popular de Chile”, se lee:

“Otra prueba de la antigüedad de las tradiciones medicinales guardadas por el pueblo de Chile es el empleo de la *Piedra Bezar*, que no presenta felizmente otro inconveniente que el de no producir efecto ninguno.

Es soberana dicha piedra, según los médicos y médicas, en un sinnúmero de enfermedades; testimonio de ello es el alto precio que tiene.

No hay botica que no tenga la misteriosa piedra; un gramo o dos de la preciosa sustancia cuestan hasta veinte centavos.

Lo que se vende como piedra bezar es el carbonato de cal, vulgo creta precipitada; o mejor aún, la creta preparada que es más estimada por los compradores, y que cuesta al boticario unos cuantos centavos.” (Anales de la Univ. de Chile, t. 127).

No solo en este mundo de las Américas privó esta moda o lujo o curiosidad, sino también en el viejo mundo, como consta de las alusiones que encierran las glosas que avaloran mi trabajo. Entre

los libros consultados, el caso más clásico de la apreciación que he visto citado de Europa, adonde iban a parar generalmente las piedras bezares, es el de un judío de Amsterdam que pedía 2.000 \$ por una piedra bezoar de puerco-espín; la cual no pasaba del tamaño de un huevo de paloma.

No pretendo defender ni criticar el uso del bezoar orgánico sino exponer ilustrativamente las descripciones, uso y datos ciertos y concretos de nuestra prehistoria en este asunto tan curioso.

EL BEZOAR

Bezar es una concreción o cálculos especiales que se forman en el estómago o intestinos o vías urinarias principalmente de algunos rumiantes.

Indiferentemente se ha llamado en castellano *bezar*, *bezoar*, *bezoar*, *bezares*. Y úsase ya como adjetivo, ya como sustantivo esta palabra.

El color más común es el aceitunado.

Sus clases son el *Bezoar primitivo* u *oriental* por hallarse en el Cáucaso y Persia, y lo crían la gacela, el puerco-espín y la cabra.

El otro Bezoar es el *Occidental* que es el que tenemos en las vertientes Andino Argentinas y algo en Chile y Perú; fórmase en el guanaco, vicuña, gamo, corzo, anta, ciervo, antílope, cabra, mono y llama.

También hay otra piedra bezar llamada *alemana* bastante conocida en nuestro ganado vacuno y caballar; pero está formada por un núcleo de pelos y no ha tenido importancia.

La más apreciada de estas tres clases es la piedra bezoar oriental, por ser más escasa, más brillante y hermosa.

Llámase también piedra bezar a una fosilización concéntrica en torno de un núcleo.

Se han atribuido muchas cualidades curativas al bezoar, pero hoy sólo tienen un valor histórico en medicina y el mérito de la curiosidad en Museos.

Con todo ha quedado en nuestra farmacia el nombre de dicha piedra para denominar a una sustancia química alexofarmática que es antídoto y apellidado *Acido bezoárdico*.

Bezar etimológicamente proviene del nombre persa *bad* que significa “viento” y *zahr* “veneno”, los cuales dos nombres en su composición dan la idea de lo que sopla o *disipa el veneno* o sea el contraveneno o antídoto; nombre que se puso a esa piedra por la creencia, algo fundada, de que neutralizaba el veneno y preservaba de él.

Lázaro Rivero en sus instituciones médicas, que más adelante se cita, dá la versión de que en hebreo *Bel* es *Señor* y *zoar* veneno; y *bezoar* por lo tanto es el *Señor del veneno*; y aún añade que *zoar* proviene de *Pazar* o *Pazan* en lengua pérsica y que significa *cabra*. De donde la palabra *bezar* nos cifra este concepto *Piedra que se halla en las cabras y domina el veneno*.

Contiene el bezoar: carbonato, fosfato de cal, colessterina y materias vegetales descompuestas.

El actual bezoar químicamente artificial y medicinal tiene esta fórmula: $C_{14} H_6 O_8 + 2H_2O$.

Ambas tienen el ácido eláxico que traen la corteza de raíz del granado y las cortezas del pino, roble y agallas.

El bezoar de algunos ruminantes es oleaginoso; generalmente es aromático bajo la acción del calor.

El agua no lo descompone; y, al fuego, sólo se carboniza.

MENCIONES HISTORICAS

En capítulo aparte expongo ahora las descripciones que van dispersas en varios autores; los cuales nos hacen entrever las ideas, creencias y estima que se tenía antiguamente, en nuestras regiones, del bezoar.

Es nota de especial interés en la variedad de piezas descriptivas que reuno el advertir un común sentir y conocimiento extensivo a diferentes escritores, tiempos y épocas. Esto es en tal grado

que a ratos duda uno de si se copiaran mútua y sucesivamente o si ciegamente se transmitía la creencia de los bezoares.

Para exponer este asunto y el de los capítulos siguientes parece más natural el orden cronológico de la documentación.

Como la documentación histórica es lo más valioso en mi apreciación para estos estudios de composición sintética, me esmeraré en reproducir textualmente lo más que pueda las noticias y datos para que ellos nos ilustren en su propio lenguaje e insustituible sabor de originalidad.

Ya en la remotísima fecha del año 1597 el historiador Bernardo Vargas Machuca, escribió en su "*Descripción de las Indias Occidentales*" el siguiente capítulo:

"Hállanse en los venados que mueren en tierra templada y que han gozado a tiempos de la caliente, unas piedras bezares de las más finas que Monardes. Son de color aceituna las buenas; y las que se hallan de este color son pocas, pero grandes. Y dicen que se congelan de que los venados son picados de culebras de tierras calientes; y que, picados, comen una yerba con que resisten aquel veneno y congelan la tal piedra.

En cuanto a ser picados, yo lo confieso; y en cuanto a comer la hierba, soy de contraria opinión, por muchas razones: la primera, porque en tanto tiempo que los Indios son habitados de sus naturales, la yerba fuera conocida por algún camino; y también porque en los venados de tierra caliente, que no alcanzan la fría se hallaran; que en estos tiempos tales no se ha hallado ninguna; y, si son picados, mueren sin remedio; y si algunos de tierra caliente las han tenido, son aquellos que habitan en ella y gozan del temple frío cuando quieren y son necesitados de tal picadura.

Pues diciendo mi opinión, digo que el venado, así pardo como bermejo, que son picados en tierra caliente, unos huyendo a su querencia, y otros guiados de natural instinto, en el agua más fría que hallan (que la hay en extremo) se meten y no salen de ella hasta en tanto que el calor del veneno está aplacado; y que no lo deja pasar al cerebro y corazón; quedando en el estómago donde se re-

coge y con el frío se va condensando y fraguando aquella piedra, armándose siempre sobre yerba del buche u otra cosa que acertó a coger.

Y en lo que estriban, es: decir que es la yerba que comen para el remedio del veneno. Y para argumento y prueba bastará ver que un venado acosado de los perros con aquel calor viene siempre a parar y buscar el agua, donde su natural y calidad los lleva; sin que tengan otro reparo.

Piedras besares falsas.—Estas piedras son muy finas y las suelen los Indios contrahacer de tierra; que lo parecen; y son muchos engañados con ellas”. (vol. 2, p. 130).

En el año 1604 el Inca Garcilaso había ya escrito en su obra “Comentarios Reales” de los Incas del Perú:

“De todos estos animales bravos (venados, ciervos, corzos, gamos, vicuñas) sacan la piedra besar en estos tiempos (de 1600). En los míos (50 años antes) no se imaginaba tal.”

Relatando la cacería de los Reyes Incas en otro capítulo refiere: “De este ganado bravo se saca la piedra bezar, que traen de aquella tierra (del Perú); aunque dicen que hay diferencia en la bondad de ella; que la tal especie es mejor que toda la otra,” esto es, que los bezares de estos venados, gamos, vicuñas y corzos del Perú son mejores que las otras clases de bezoares.

El P. Rosales (año 1666) al dar noticia de los guanacos de Cuyo escribe: “Crían muchos, en el vientre, piedras bezares que fraguan de yerbas muy cordiales y expulsivas de todo veneno. Y sobre un palito se va formando la piedra, adquiriendo unas capas sobre otras con que toma cuerpo y grandeza.

Yo ví un indio, excelente herbolario, que dió a beber el agua cocida de estas yerbas a un enfermo de mal de corazón y en breves días cobró perfecta sanidad.

Por la codicia de las piedras hacen montería de ellos (de los guanacos) con perros y caballos.

La palabra *guanaco* es propia de la lengua general del Perú, llamada *quichua*; y la propia [palabra de guanaco] de los chilenos

es *luan*; y a las piedras vezares las llaman *luan cura*, que quiere decir: *pedra del guanaco*,” (Hist. de Chile, t. 1.º, c. 24.)

El P. Ruiz de Montoya habla del bezoar en su “Tesoro de la lengua guaraní”, en la palabra *Mborebí* (anta), y dice que sirve para sanar el mal de corazón.

El viajero Biscay de Ascarate, que en 1698 visitó estas regiones, habla de los guanacos de Santiago del Estero “en cuyo estómago, dice, se encuentra la piedra bezoar.”

Del P. Charlevoix y de su historia del año 1756 transcribo lo siguiente: “en el vientre del anta se encuentran piedras bezoares que son muy estimadas.

Durante el día paca la yerba y de noche come una especie de arcilla que hay en los pantanos; a los cuales se retira a la puesta del Sol.”

En esta descripción apúntanse dos elementos: el calcáreo y el vegetal que entran en la formación del cálculo bezoárico.

Del guanaco, nos dice el mismo historiador: “es común en el Chaco y lleva piedras bezoares de tres libras y media;” pero Muriel advierte “que a veces se dá el nombre de libra al peso español de 8 reales y quizá de tales libras se trata en este lugar; pues si se habla de libras de 12 o 16 onzas es excesivo el cálculo.”

El P. Lozano, que para su tiempo es un observador y naturalista no vulgar, recopila y presenta de sus estudios bastantes datos acerca de esta piedra.—Algunas indicaciones de este y otros tratados suyos son de alguna dudosa credibilidad. Pero no por eso desmerece dicho historiador; porque, como dice Lamas, con su criterio ha hecho mucho en atreverse a no dar fe a tantas otras credulidades que sin comprobarlas se iban repitiendo en el incipiente estudio metódico de Historia Natural; cuyos libros más eran descriptivos que no científicos. También sería un disloque querer exigir y esperar que 150 años atrás hubieran de saber lo que hoy sabemos

Puesta la antecedente salvedad, veamos la descripción de corte granadino que nos dá Lozano, que es resumen de lo que hay en el asunto:

“Cuando son pequeñas, se hallan muchas juntas en aquel seno; menos, si son mayores; y alguna tal vez grande que no admite compañera.”

“Unas piedras bezares hay blanquizeas, otras oscuras; ya cenicientas, ya negras relucientes como vidrio, ya ásperas, ya muy tersas; unas ovaladas, otras redondas; estas cuadradas y aquellas triangulares; cual menuda, cual mediana y cual muy grande; habiendo algunas que llegan a pesar treinta y dos onzas.”

“Véanse, talvez, algunas que suenan al modo de la *pedra del águila* porque se formó la bezar sobre algún grano que después de encerrado en el centro fué secando.—Otras se ven formadas sobre espinas; y dos, refiere el Doctor Montalvo, que se han hallado sobre agujas.”

“Algunos, cuando en Europa las ven muy grandes, imaginan que son artificiales; pero se engañan, porque acá la vemos sacar, de aquellos senos, de tamaño excesivo.”

Al hablar Lozano de los venados, ciervos, corzos y gamos dice que “aunque no faltan autores que testifiquen de otras provincias contérminas a estas nuestras (escribía en Córdoba) que también crían dichos animales las piedras bezares, no hay noticia de que por acá las haya hallado alguno en ellos.”

El mismo autor al ver que estas piedras están compuestas de varias telas superpuestas, más o menos gruesas, explica provenir esto “de la mayor o menor materia que se agrega.”

Y la explicación que dá de la formación de tales piedras es la debilidad de la edad la cual “no tiene a veces el suficiente calor natural para digerir las yerbas y no convierte en materia todo el humor de ellas; y de las partes supérfluas se van congelando las piedras.” Este razonamiento lo basa en el hecho de encontrarse los bezares en sólo los guanacos de edad.

Y la razón topográfica y medicinal así lo expone:

“La materia de que se forman son yerbas de gran virtud que por instinto natural buscan los guanacos para curarse y para im-

pedir la ponzoña; como animales que andan discurriendo continuamente por todas partes sin hacer asiento fijo.

Al sentirse heridos corren llevados de natural instinto a parecer aquellas yerbas que les sirven de antídoto y como frecuentan más este pasto, por la mayor repetición del peligro, proviene de ahí se halle más cantidad de bezares en estos países. Y es cosa experimentada que en los países donde abundan más los animales ponzoñosos, es también mayor la copia de piedras bezares."

En otra página el mencionado P. Lozano nos apunta este otro dato:

"El motivo de cazar los guanacos es por el interés de la piedra bezar."

En su "Corografía del Chaco", el mismo historiador P. Lozano, emite estas notas: "Las vicuñas crían también la piedra bezar que es la más estimada después de las orientales. En todos estos animales proviene la dicha piedra de los alimentos de que se mantienen que son algunas hierbas; de cuyos excrementos se va formando el bezar a veces sobre una espina o palillo, otras sobre una piedrezuela sobreponiéndose capas a capas como están las telas de cebollas.

Y de aquí nace que cuanto más viejo es cualquiera de estos animales, tanto mayor es la piedra."

Del P. Sánchez Labrador, es lo siguiente:

"En muchos venados y ciervos se forma piedra bezoar; aunque los cazadores rara vez la encuentran." La razón que dá el mencionado escritor es "porque estos animales en sintiéndose acosados huyen con velocidad; pero si llega a herirlos el que los corre, vomitan, arrojando por la boca el bezoar o bezar que guardaban en sus buches. Por esto, si no se tiene mucho cuidado, como no le tienen los infieles, no logra el cazador la piedra medicinal." (t. 1., p. 194.).

En su historia también hace memoria el P. Guevara al hablar del Anta del Paraguay:

"Esta piedra bezoar, como también la de los Guanacos y

otros animales, no tiene figura regular ni determinada formación; a las veces se encuentra vacía por dentro; y esto sucede cuando la fábrica se cimenta en materia que es de difícil disolución. Otras veces estriba en algún palito o arena que sirve de cimiento a la obra; la que tiene sus interrupciones; y al parecer se compone de una variedad de materiales que diversifican las hojas diversas, casi enteramente en los colores.”

Esta mención parece una reminiscencia de lo que ya había apuntado el P. Lozano.

En tiempos más cercano a nosotros, esto es, el año 1802, Azara en sus “Apuntaciones de los cuadrúpedos del Paraguay” (t. 1, p. 3) menciona el bezoar al tratar del Anta: “Aseguran que algunos individuos (de la especie Anta) tienen piedra bezoar, con la misma virtud de las (piedras bezoares) orientales; y a sus uñas, tomadas en polvo, atribuyen la virtud de curar la alferecía.”

USO DEL BEZOAR

El modo de usar medicinalmente el bezoar era vario. Uuas veces era por infusión o sea depositando la pella entera en un vaso de agua, para que la saturase de sus propiedades; algunos dicen que su gusto era amargo y urético. Otras veces la rompían la bezoar y reducían a polvo para disolverlo en el líquido y beber dicha disolución; la proporción recetaria era de dos o tres piedras pequeñitas para un vaso ordinario y tomarla una o dos veces en cada caso mórbico.

Se creía también que, llevando dicha piedra al cuello, se tenía amuleto de felicidad. Y los que no podían comprarla la alquilaban, como en Portugal, a dos pesos y medio al día.

Los explotadores se aprovechaban para falsificarla. Así en Goa y en Malaca se fabricó en gran cantidad con una pasta arcillosa, formada con polvos conquídeos, resina y yerba, amasados con laminilla de oro; las envolvían, después de adornarlas con

algún geroglífico indígena, en un proporcionado estuche para expenderlos en Europa.

Mucho duró este engaño, porque las falsificadas remedaban bien en su exterior a las naturales; y para conocerlas era preciso romperlas: la falsa era uniformemente igual en su interior; no así las verdaderas; y estas, al alijárselas, no desmerecían en su brillo; mientras que las falsificadas descubrían aspereza y bastedad exentas de brillo. Pero el caso estaba en que no querían romper la bezoar para saber si era verdadera; pues, si la rompían y era verdadera ya no valía.

El Doctor Nicolás Monardes, médico de Sevilla, en un libro de medicina que formó en 1574 con las cosas de la Naturaleza que se hacía traer de América, tiene un capítulo sobre la piedra bezoar. Dice, entre otras aplicaciones que enumera, que Carlos V la utilizó para disiparse tristezas y melancolías.

La receta que prescribe es tomar tres gramos con agua, lengua de buey: para sanar de congojas y desmayos.

Según explicación científica de aquella primera época, cuando se aplicaba la piedra bezar sobre puntos intoxicados, era para que con su porosidad capilar o esponjosidad a manera de insuccion o papel secante, así se hacía en mayor escala con las astas de ciervo carbonizadas.

El mismo historiador antes citado P. Rosales, en otro capítulo de sus descripciones (t. 1, p. 115) al describirnos las costumbres de los indios de Chile refiere el siguiente curioso uso:

“Es cosa graciosa las invenciones que hacen estos días (de guerra) para que los caballos se hagan ligeros; porque les dan a beber piedra bezar desleida en agua. Que, como esta piedra la sacan de los venados y guanacos, que son animales muy ligeros, juzgan que en la piedra está la ligereza de el venado y que hace ligeros a los caballos que la beben.

Demás de esto, les pasan y refriegan las manos y pies (del caballo) con piedra bezar y con pies de guanaco y de gamo; y

con refregarles con las pieles de estos animales, ligeros en correr, piensan que se les pega a los caballos la ligereza.”

El autor antes mencionado, P. Guevara S. J. en su historia del año 1754 al apuntar las cualidades de! Anta (especie de Cabra) describe estas dos noticias:

“Tiene dos buches: uno vulgar, en que recibe el alimento y otro particular lleno de palitos podridos; en este segundo se halla la piedra bezar tan estimada para el mal caduco y otras dolencias que se supone hallan remedio en su virtud.”

Después de explicar la constitución y formación de los bezoares expone: “Toda la virtud medicinal de los bezoares procede de las yerbas y palitos; y el buche es el órgano o alambique que extrae los humores y solida los jugos para el uso de las curaciones.”

Al describir las notas del guanaco el mismo historiador escribe: “Cría la piedra bezar confeccionado de jugos de hierbas cordiales que tienen varios usos en la medicina.

Si estas hierbas busca (el guanaco), con natural instinto, picado de la víbora, como algunos dicen, no lo aseguro; pero se hace creíble que si las hierbas tuvieran virtud antidotal, las piedras bezares, confeccionadas de sus jugos, tuvieran también esa cualidad y fueran un específico apreciable contra el veneno de las víboras.”

El P. Falkner, médico jesuíta en Córdoba varios años hasta el de 1767 e inglés de nación, tiene escrito en su libro sobre la Patagonia, el siguiente capítulo:

“También se obtiene gran copia del bezoar occidental; que se saca no solo del estómago de los huanacos y vicuñas, sino también del anta; aunque el de estos animales es más ordinario.

Si se aplica [el bezoar] en cantidad bastante, es muy eficaz para producir diaforesis [sudoríficos]. Casi siempre me ha resultado un pronto alivio instantáneo en casos de carraspera, desmayos, etc.; siendo la dosis una dracma o dos escrúpulos tomados

en cualquier bebida; aunque podría darse aun en mayor cantidad con toda seguridad.

Yo he hallado que en muchos casos es preferible a nuestros testáceos y a las sustancias minerales.

He tenido en mi poder algunas de estas piedras que pesaban hasta 18 onzas" (Descripción de la Patagonia, c. 3).

En Córdoba y en Julio de 1768 hay un caso de aplicación en la declaración que dá Francisco J. Echeverría de la muerte acaecida a una negra; quien dice que la "vió enferma en la cama a la negra; y que tiene noticia que padecía de lombrices; y que en esa misma hora vió que la dieron un bebedizo, con una cuchara de plata,, que dijeron era de piedra bezai; y que el P. Fray Isidoro que la estaba curando le envió, con un manteista hijo del declarante, un frasco de bebedizo para que se fuese dando a dicha negra enferma." (Crim. de la Cap., l. 21).

A continuación traslado dos menciones más de aplicación según libros de cuentas reproducidos por el D. Garzón Maceda en su "*Historia de la Medicina en Córdoba,*"

En un grabado, del tomo 1.º, correspondiente al año 1770, se lee: "A Moncholo: una purga de maná, 1rº cordial bescuartico curº."

A Francisco, el carpintero: bescuartico curuiano vino emético orchata."

En el tomo 2.º, p. 584, de la dicha obra está grabada una página de un histórico manuscrito de medicina; en los remedios que en ella se indica contra la peste, se lee: "Y no será malo juntar a los sudoríficos un escrúpulo [una piedrecita o gramo] o más de piedra besar en polvo sutilísimo."

El autor concretando lo que hojeó en manuscritos inéditos del recetario indígena y colonial en materia médica zoológica resumía esta definición de la piedra bezoar: "*Concreción cabeza que se forma en el tubo digestivo de los anillos, de las llamas y vicuñas; usada ya como amuleto, ya contra la peste, ya como antipúdrico y como antipasmódico.*" (t. 1, p. 331).

DATOS HISTORICOS

Interesante ilustración es para la presente monografía la inserción de un puñado de datos extraídos del carnet de mis apuntes de archivos.

Estas piezas documentadas nos muestran, en su primera fase, la generalización del uso del bezoar, principalmente en todas estas regiones y su estimación supositiva conforme al concepto visto en las anteriores descripciones.

Ya en carta de 30 de Noviembre de 1632 decía el General de los Jesuitas, desde Roma, al P. Vázquez, en Córdoba, Provincial del Paraguay: “También he recibido los instrumentos con que (los Indios) los mataron a los tres mártires (P. Roque González y compañeros en el Uruguay), aquel vestido de plumas del hechicero y la caja con las piedras bezares. De todo quedo con el justo agradecimiento.” (B. A.; Arch. S. J.; l. Madrid).

En 1637 entre los bienes de Isabel Ferreyra, a figura “una piedra bezal que pesa 3 onzas.” (Ach. de Trib., Prot. E. 1, l. 51, Córdoba).

El Obispo del Tucumán, Ilmo. Torres, en su inventario de 1637, tenía “una petaca redonda con llave y en ella beynte piedras besares grandes.” (A. de T. Escrit. 1.ª, E. l. 72).

Antonio Barreto, brasilero, poseía en Córdoba: “una piedra besar que pesa media libra.” (E. 1, E., l. 71).

A la hijuela de Dª Isabel Ferreyra se le adjudicó en 1640: “una piedra bezal que tendría 3 onzas por peso y medio.” (E. 1, P., l. 51).

Don Alvaro de Sotomayor, “Juez Oficial real de Tucumán y de la Real Aduana de Puerto Seguro de Córdoba,” que murió en 1644 en las Pampas de Impira, de Córdoba, dejó en testamento: “tres piedras besales chicas.”

y “un papel de piedras besales ynteras y quebradas.” (Arch. de Trib., Córdoba; Hip. 1.ª, l. 84).

Un episodio judicial y sugestivamente curioso es el extracto del expediente del reclamo hecho ante el Obispo para que obligue en conciencia y con censura eclesiástica al cumplimiento de un trueque de 24 mulas por una piedra bezar.

Puede consultarse dicho documento en el Archivo de Manuscrito del Hospital de San Roque en Córdoba (lib. 2, e. 6.). Trátase del año 1653.

Su contexto, que es como sigue, nos explica su contenido:

“Para ante su Señoría Ilustrísima el Obispo mi Señor.

Presento esta petición. . . . :

el Maestro Diego Rodríguez de Ruescas. y defensor de Doña Ventura de Villalba y Frías — e n la causa que sigue la dicha mi parte con el Doctor Adrián Cornejo, su cuñado; digo que el dicho Doctor entregó una cédula de obligación que hizo Alonso López Valdés de pagar a la dicha mi parte de 24 mulas por un vestido que vendió al susodicho de P° Moyano Cornejo su marido difunto.

En su reconocimiento declaró el dicho Alonso López declaro haber dado al dicho Doctor a cuenta de esta dicha cédula una piedra besar grande que valía mucha cantidad de plata.

La cual entregó al dicho Doctor Rodrigo de Sosa a instancia del dicho Doctor.

Y aunque el dicho Rodrigo de Sosa tiene declarado se la entregó de su mano a la del dicho doctor, no declara con claridad si fué a cuenta de la dicha deuda de las 24 mulas y si quedó el dicho doctor a entregarlo por otra paga de con la dicha piedra besar y con las 14 mulas que dice entregó a Luis de Agruello por órden de dicho Doctor y para que la dicha piedra se cobre por mi cuenta.

A Vm. pido y suplico mande que el dicho Rodrigo de Sosa vuelva a declarar por el tenor de este pedimento, y con claridad diga si la dicha piedra besar la entregó por cuenta de las 24 mulas, y si quedó de cobrar la dicha cédula; compeliéndolo a ello con censura.

Pido justicia y costas.

El Maestro Rodrigo de Ruescas.”

A continuación pónese el Decreto y luego vienen las deposiciones de los testigos llamados.

En la declaración de Rodríguez de Sosa se testifica en día 8 de Octubre: “El presente Notario vine a las casas de la morada del capitán Rodrigo de Sosa.

Y hallándole sentado en una silla junto a su cama, aunque enfermo;

en conformidad del dicho proveimiento recibí, deel susodicho, juramento a Dios y a la cruz; so cargo del cual prometió decir verdad de lo que supiere...

Dijo: ¿quándo Francisco Moyano le encargó le solicitase la dicha piedra besar del dicho Alonso Lopez?

A lo que se le quiere acordar, dijo que se pidiera a cuenta de un cambalache que tenían el dicho Francisco Moyano, y el dicho Alonso Lopez. Y a esta cuenta se la dió. Pero si fué por mulas o por cédula no sabe; ni se acuerda más de lo que dice que tenían entre los dos un cambalache.

Preguntósele ¿qué tan grande era la dicha piedra besar?

Dijó que sería un poquito mayor de un huevo de gallina, y que era de color noguerado.

Rodrigo de Sossa.

El Notario Público: Diego Fernando de Sotomayor”.

El P. Nickel, General de los Jesuitas, desde Roma a 12 de Diciembre de 1652, hacía saber al P. Pastor, Provincial en Córdoba que había dado licencia al P. Angelo de Magistris, residente en el Colegio Universidad de Cordoba, “para recibir y remitir a Europa piedras besares y cosas de este género. Avisolo a V. R. para que lo sepa” (Arch. de Prov. S. J., B. A.).

El mismo P. Gen. Nichel nuevamente desde Roma y a 30 de Enero de 1654 comunicaba al Provincial en Córdoba:

“Por lo que añade V. R. de la solicitud con que dicho Padre (P. Angelo de Magistris) busca Piedras Bezares, quiero adver

tirle que en el último despacho le dí yo licencia para que las buscase; pero siempre se entiende que lo ha de hacer sin nota, y con modo decente y religioso”.

“Respondiendo a lo que se me pregunta, si en la licencia que concedió al P. Angelo de Magistris para recibir, y enbiar a buscar Piedras Bezares, y cosas semejantes ¿se incluía la licencia de buscar y pedir dinero para comprarlo?

Digo que nó; y que para esto lo habia de pedir a sus Superiores; porque no es mi intento, ni lo ha sido, darle semejante facultad y menos con independenciam de los Superiores de alla” (B. A., Ach. S. J., Memoriales).

En carta del P. Juan Vanderbrosset, desde Bélgica a 4 de Diciembre de 1659, dirigida al P. Díaz Taño de la Provincia del Paraguay se avisa recibo de cinco *pedras bezoárdicas* que se le enviaban de estas partes juntamente con otras curiosidades (B. A., Arch. G. de la Nación, L. Comp).

Por el contexto de esta carta y las menciones que van reunidas en esta monografía se deduce que algunos Religiosos de la Compañía codiciaban ávidamente los bezoares para regalo a personas en Europa benefactoras del Paraguay.

En el orden cronológico de los datos que voy apuntando toca la mención que se hace en el año 1662 de “un atadijo de piedras bezares” (Arch. de Trib. Córdoba, Hip, l. 118, e. 5).

En 1686 de Chile de la Expedición de Davis se refiere en un Diario que en la Isla de la Mocha el cirujano Lionel Wafer sacó, de uno de los 43 guanacos que mataron, 13 piedras bezoares; y notó que al sacarla eran de color verde, pero que luego se tornaron de color de ceniza (Antigüedades Chilenas, Briseño).

En 1697, en la hijuela de Gregorio Velez, por la testamentaria de un padre, entra la partida de “una libra y cinco onzas de piedras bezares”, tasada en 9 pesos 4 reales (E 1, E., l. 208).

En el Testamento del Licenciado Alonso Suárez de Villaroel, Presbitero santiagueño y Cura de la Punilla y Soto, inventariábase, entre otros, estos bienes el año 1699:

“Dos petacas de suela con cadena para ropa blanca y dentro unas piedras bezares”.

Más adelante deja esta declaración:

“Las cantidades que estoy debiendo se reducen a las siguientes:

Al Capitán Juan López de Fuenteseca, Regidor de esta ciudad de Córdoba, 77 \$ y dos reales que me prestó en algunos géneros de que necesitaba y 40 varas de listones angosto; para que con ellos le buscara unas piedras bezares, que no pude buscar por haber enfermado todo este tiempo.

Mando se paguen de mis bienes, y se le buelvan los listones; y lo que faltare se le pague de algunas piedras bezares que tengo entre mis bienes”. (Arch. de Trib., Córd.; Exp., Hip., l. 93).

En 1711 el espectral caballero Dr. Fernando de Córdoba nos cuenta entre los bienes de su sala de recibo: “Otro salvilla o azafate, con un pato y el pico para atrás, sobre una piedra besar que está en medio” (E. 1, P., l. 108).

El H. Miguel Lopez así comienza una carta que escribía en 20 de Mayo de 1720 desde Córdoba al H. Juan Bera en Candelaria (Córdoba):

“Recibi el (pliego o carta) de mi Hermano con la piedra bezar que agradezco.

Yo deseo una que me dio el mayordomo del Potrero de San Gregorio que tenía 13 o 14 onzas. Pero si hallase algunas, aunque no sean tan grandes, cómprelas, que yo se las pagare” (B. A., Arch. G. de la Nación, l. Comp).

El año de 1748 el P. Rieo, Rector del Colegio de la Compañía en Buenos Aires, remitía al Altamirano en Europa un cajoncito de cosas americanas, naturales y de industria, y entre ellas “una piedra vezar engastada en oro, pendiente de una cadena, con el peso de 8 onzas y 7 adarmes” (B. A., Arch. G. de la Nac., Leg. Comp.).

En 1754 Don Federico Soldevila manifiesta poseer entre sus bienes “dos piedras bezares” (A. de T., E. 1, E., l. 320, e. 7).

El H. José Rojo, desde Cuzco en carta del 3 de Setiembre de 1756, dice al H. José Zeitler en Santiago de Chile:

“Puedo aregurarle que delante de mí ofrecieron al dueño de la piedra bezoar 20 \$ y no la quiso dar. Es cierto que era hermosa; yo bien quise comprarla; pero era cara, pero para un regalo . . .

Por lo que toca a lo que me encarga de las Piedras Bezoares no hay nada, y dígoles que sólo no haciendo caso de dichas Piedras saliera uno por una . . . viga(?).

Puedo asegurarle que sólo por regalo que a uno le hagan, se podrá conseguir al precio que dice; de otro modo nada. Porque es menester matar muchos guanacos y muchos carneros de la tierra, y esto cuesta mucho trabajo; y así no se me mate, como lo hace, por dichas Piedras.

Algún otro viene a venderme algunas otras Piedras de Vicuña que no pesan media onza y me pide 4 pesos 6 reales. Y si no he traído desde Buenos Aires algunas para lo necesario de la Oficina (Botica), hubiera comprado algunas.

No entiendo si se me ofrece algunas piedras al precio que me dice” (Carta existente en la Bib. Nac. de Chile; Sección Mss. Jes., t. 232).

Bernardo Guerra el año 1761, en Córdoba tiene inventariado y tasado el siguiente efecto: “Una libra de piedras besales: en 4 pesos” (E. 1, E., l. 343, e. 2).

En el Inventario de la Botica del Hospital de San Roque figuran, el año 1769, en la sección de *Ungüentos*:

“Besuartic oriental, 1 onza: 4 pesos.

Besuartic de curub, 2 onzas: 4 pesos”.

En el almacenaje del botiquín del farmacéutico de Córdoba, Felipe Roca, en litis en 1781 con el médico Marcos Infante, se apuntan:

“3 onzas y $\frac{1}{2}$ besuálico de ciervo curba;

7 onzas de piedra besar” (E. 3., E., l. 34 y E. 4, l. 2, e. 10).

Dos años más tarde entre las drogas del médico de Córdoba, Mar-

cos Infante se citan: "2 onzas piedra a besar; media onza piedra a besar; 4 onzas piedra a besar" (E. 4, E., l. 2).

En 1821 en el haber de Francisco Ochoa, de Córdoba, se pormenoriza: 5 piedras bezales a 10 reales = 1 peso 2 reales (E. 3, E, l. 70).

En el Reglamento y Aranceles para el Comercio libre de España a Indias, de 12 de Octubre de 1778, veo el siguiente dato:

"*Piedras bezoares* — Cada quintal quatro mil reales, pagaba cinco y un décimo por ciento de derechos de entrada. Pagará en esta, a razón de tres por ciento, ciento y veinte reales; y lo mismo a la salida" (Véase: Documentos para la Hist. Arg., t. 6°, p. 115).

Algunos datos más de este género se podrán aducir; pero los presentados son suficientes para base de conclusiones de estudio, puesto que pertenecen a todo el período de nuestra historia y se extienden a toda clase de personas y condiciones.

CONCLUSION

Par terminar expresaré una observación final como para complacer a los que deseen saber qué pienso o se ha de pensar de tan histórica medicina.

Presentado ya a nuestra vista en su originalidad intacta y no desvirtuada el material de este asunto, léidas las menciones históricas de la piedra bezar en las precedentes páginas de nuestro pasado con la variedad de noticias presentadas en el terreno de los hechos ¿qué se puede consecuente y fundadamente juzgar? ¿la historia de los bezares fué una superstición o era una medicina?

La mitad del gran aprecio que hubo de la piedra bezar en los siglos 17 y 18 fué por la fama y curiosidad escasa y musiva como el de un objeto raro y de lejanas tierras que sirve para tenerlo sobre el escritorio o cómoda en Europa.

La segunda parte de su valor era el concepto medicinal que algunos tenían de ella. Pero ¿tenía en realidad eficacia médica? De por sí muy poca y apenas nada, por quedar muy neutralizadas las sustancias minerales y orgánicas o vegetales para obrar químicamente y menos físicamente en el cuerpo humano.

Y si algún efecto causaba era por las mezclas de aguas o sustancias en que la involucraban para su poción y uso; como va en los textos aducidos anteriormente.

La mayor parte de los casos curativos fueron por sugestión o autosugestión como son muchas curaciones aun de hoy día y como se cura a un niño impresionable o caprichoso, o a una mujer aprensiva a los amentados; esto es, curas realizadas mediante la imaginación.

Estas curaciones amalgamadas con la antigua fama que tenía en la medicina árabe y el corriente subido precio pecunario y de museo dieron ocasión a una creencia rayana ya, en muchos casos, con la superstición.

Con todo se ve, de vez en cuando, la voz de la ciencia, dando su advertencia contra las ilusiones o inconsiderada credulidad de conceptos populares.

Así en el Archivo del Hospital de S. Roque, entre los voluminosos tratados de medicina y cirugía que fueron de la botica y biblioteca de la Compañía, está la obra de 600 páginas en folio de Lázaro Rivero del año 1698. En ella, al tratar de las piedras besares, dice que autores sensatos declaran que ellas no producen ningún efecto sensible; y el mismo autor manifiesta que no se ha de dar mucha fe a estas piedras besares.

Una de las razones que da es que entre los indios hay pocas de esas piedras y muchas entre nosotros; lo que da la doble señal de que no tienen natural eficacia y que muchos son fabricadas; de lo contrario, los Indios generalmente la usarían en sus remedios práctica y eficazmente curativos.

Sea la que fuere la equivocación o ignorancia histórica que hubo acerca de esta piedra en algunos casos de nuestros ante-

pasados, era un uso inofensivo por la insustancialidad del bezar y mucho más inocente que los potingues sucios o envenenados de los curanderos clandestinos de hoy, y más inocente que los amuletos, yeterías, talismanes, piedras misteriosas y otras groseras brujerías o supersticiones, que se explotan como diablillos para enredos pasionales; pues no he visto en la historia de los bezoares indicaciones de uso supersticioso o abuso mal intencionado.

P. Grenón S. J.